

COLABORACIONES

De qué te ríes

El humor en la literatura infantil

Paco Abril*



BO-ERIK GYBERG, UNA AVENTURA DE PIPPA, JUVENTUD, 1975.

Paco Abril ha iniciado una investigación sobre la risa con varios frentes abiertos. En su afán de desentrañar el misterio de la risa, acaba llegando a su ámbito de trabajo, la literatura infantil y juvenil, y nos propone diez (once en realidad) libros de humor. Se trata de un hit parade muy personal porque la risa es caprichosa, personal e intransferible. Así que son títulos preferidos por el autor, escogidos sin ánimo de sentar cátedra ni de ser una bibliografía de referencia.

De qué te ríes?, preguntamos cuando vemos reírse a un niño y no sabemos qué es lo que provoca su hilaridad. ¿De qué os reís?, suelen preguntar muchos profesores descolocados por las, para ellos, incomprensibles carcajadas de sus alumnos. ¿De qué te ríes?, pregunta un padre a su hijo pequeño al verlo desternillarse de risa ante un programa de televisión en apariencia insulso.

Muchas veces no sabemos de qué se ríe la gente, pero sí sabemos que su risa es expresión de que algo les hace gracia, les produce júbilo o regocijo. El *Diccionario de la Real Academia Española* define la risa cual si se tratara de un artilugio mecánico: «Movimiento de la boca y otras partes del rostro». Menos mal que añade: «Que demuestra alegría». Subrayemos de esta definición «que demuestra alegría».

Vayamos al vocablo *humor*. En la acepción «buen humor», leemos: «Propensión más o menos duradera a mostrarse alegre y complaciente». Y en mal humor: «Aversión habitual o pasajera a todo acto de alegría, y aun de urbanidad y atención».

En un breve artículo sobre los valores curativos de la risa aparecido en *El País* y firmado por Ángel Vea, podía leerse: «La ciencia ha descubierto que la risa activa la circulación, regula la presión arterial y ayuda a soportar el estrés. Aprender a desarrollar el sentido del humor es, por tanto, una táctica sana e inteligente». Preparando este artículo, se me fueron abriendo nuevos y muy apetecibles campos de investigación. «Sentido del humor y salud» sería uno de ellos, que dejo para mejor ocasión.

Risa, aunque sólo se trate de una sonrisa interior, y humor parecen tener una íntima relación. Pero ¿cuál es el misterio de la risa? ¿Qué la desencadena? Tirando por el camino de la risa, ¿llegaremos a saber qué es realmente el humor? Vamos a intentarlo al menos.

Momentos de risa

Mi modesta investigación ha consistido en ir siguiendo las pistas o rastros que dejaba la risa, o mejor, las risas, en plural, pues no todos nos reímos de lo mis-

mo. Los niños se ríen de unas cosas, los mayores de otras. Lo que nos hace gracia a los españoles puede dejar fríos a los ingleses. Las carcajadas enlatadas de algunos programas de televisión, suelen irritar más que divertir.

Hasta me he puesto a pescar esos movimientos desmesurados de la boca, como los define el diccionario, pidiéndoles a los niños asturianos que contaran qué les había dado mucha risa y que procuraran contarlo de manera que les produjera risa a quienes lo leyeran. Sus textos se publicaron en *La Oreja Verde*, suplemento infantil de cuatro páginas que desde hace catorce años vengo publicando en el diario *La Nueva España*. Veamos un par de muestras:

«Estaba yo empezando a descubrir las diferencias entre las niñas y los niños y me pasaba todo el día preguntándole a mi madre:

—¿Mi tío tiene *pilila*?, ¿y papá?, ¿y mi hermano?

Un día íbamos en el ascensor mi madre y yo. Cuando llegamos al tercer piso, se subió un señor con cara de pocos amigos y a mí sólo se me ocurrió preguntarle: “¿Tú tienes *pilila*?”.

Mi mamá, muy avergonzada, me agarró del brazo y salimos del ascensor. Una vez fuera yo esperaba una buena bronca, y me encontré con que mi madre no podía parar de reír. Yo tampoco.» Laura Castro García (11 años). Gijón

«Una vez, estando de vacaciones en La Coruña, me ocurrió la siguiente historia. Mi madre tenía unos amigos que vivían en una casa cuartel. Un día salimos a cenar. Cuando regresamos a casa eran más de las dos de la mañana, y la puerta por donde tenía que entrar el coche estaba cerrada. Un guardia intentó abrirla,



THOMAS HENRY, GUILLERMO EL PROSCRITO, MOLINO, 1979.

pero sólo pudo abrirla un poco. Así que mi madre bajó del coche para abrirla del todo, y fue a caer en un hueco donde pasaba el agua. El guardia pensaba que era una niña pequeña, porque a mi madre sólo se la veía de cintura para arriba, así que intentó cogerla en brazos y ¡rass!, se le rompió el pantalón, y la amiga de mi madre que conducía el coche, de la risa, se meó en el asiento. Y todos acabamos riéndonos.» Valeria Veloso Naveiras (11 años).

Si nosotros intentáramos recordar, igual que estas dos niñas, cuál fue ese momento en el que nos descoyuntamos de la risa, a lo mejor tendríamos algunas claves importantes para saber qué es eso que hemos dado en llamar humor.

Al hacer yo, para dar ejemplo, ese saludable ejercicio de ir a la búsqueda de ese momento de risa memorable, me veo entrando, hace casi treinta años en una sala de lectura de periódicos de la Caja de Ahorros de Oviedo. Está abarrotada de gente. Tomo una de las pocas revistas que quedan libres. Empiezo a leer un reportaje sobre barbaridades, o genialidades, según se mire, que los estudiantes escriben en sus exámenes, lo que luego

se publicaría como *Enciclopedia del disparate*. Y leo cosas como éstas:

- «—Pregunta: ¿Estimulantes del sistema nervioso?
- Respuesta del alumno: El café, el tabaco y las mujeres.»
- «—¿Conoces algún vegetal sin flores?
- Conozco.»
- «—¿El sexto mandamiento?
- No fornicarás a tu padre y a tu madre.»
- «—Comenta algo del 2 de Mayo.
- ¿De qué año?»
- «—¿De qué se hace el caviar?
- Se hace con los huevos del centurión.»
- «—¿Quién fue Aníbal?
- Fue un jefe cartilaginoso.»

No puedo seguir leyendo porque me da un incontenible ataque de risa. Los lectores, casi todos hombres, me miran con severidad, me increpan con los ojos, me reprochan sin palabras mis espasmos de hilaridad.

Tengo que abandonar la sala sujetándome la boca con la mano, a modo de bozal, para que no vaya por libre. Escapo sumido en un estado contradictorio de vergüenza y gozo.

La primera risa

Tras esta pequeña excursión, vayamos al nacimiento de la primera risa, de esa risa que quizá sea la fuente primigenia de donde manarán todas las demás. Aparece en los bebés en los primeros meses de vida. La psicóloga Penelope Leach afirma que «sonreír es un logro social vital. Es un poderoso medio por el cual los bebés se aseguran que los adultos les prestarán la atención que necesitan para desarrollarse por completo. Para los padres, las primeras sonrisas del bebé son los heraldos de una nueva era».

Pocos se han detenido a pensar en la decisiva importancia de esas primeras manifestaciones de júbilo. Sigo citando a Penélope Leach: «Los bebés que sonríen con más facilidad obtendrán probablemente más atención social de sus madres que los bebés cuyas respuestas son más tardías, más lentas o menos notables». ¿Atendemos mejor a los niños alegres, de buen humor, que a los niños tristes? He aquí otro campo para investigar en profundidad.

Al seguir las pistas de la risa, me doy cuenta de que éstas toman múltiples caminos. Me apetece seguirlos todos. Así que ando un trecho por uno, regreso y tomo otro. Anoto, eso sí, lo que promete cada una de las rutas por si algún que otro caminante quiere adentrarse más en ellas.

Vuelvo al camino de las primeras risas, pues es apasionante. Los recién nacidos no tienen otra manera de expresar que tienen hambre, sueño u otras molestias si no es a través del llanto. Lloran para pedir comida, lloran cuando están mojados, lloran cuando tienen gases. El llanto es el indicador infalible de que algo les incomoda, aunque demasiadas veces no sepamos cuál es la causa de esa incomodidad. Los padres pueden llegar a desesperarse y exasperarse por ese llanto constante que nada puede parar. Pero cuando de repente aparece la risa, es como si saliera el sol tras muchos días de lluvia. La risa de los bebés despierta unánimes simpatías. Y el llanto y la risa pasarán a ser, durante muchísimo tiempo, los indicadores precisos del humor de los bebés.

Comprobamos que la risa y la tristeza del llanto son las dos caras de la luna de las emociones infantiles. Y empezamos a



BOERIK GYBERG, UNA AVENTURA DE PIPPA, JUVENTUD, 1975.



QUENTIN BLAKE, CUENTOS EN VERSO PARA NIÑOS PERVERSOS, AITEA 1987.

vislumbrar el color de la risa. Dejemos que sea la poetisa argentina Cecilia Pisos quien nos lo cuente en un breve poema:

«Y el color de la risa,
¿cuál es?
El color de la pena
Mirado al revés.»

Otro poeta, esta vez guatemalteco, Humberto Ak'abal, nos lo cuenta precisamente al revés.

«A veces se me ocurre
Que la tristeza
No es sino
la alegría patas arriba.»

Humor y mofa

Me adentro ahora por el camino del humor. En un recodo, sentada en una mesa y concentrada en sus miles de fichas manuscritas, encuentro a María Moliner. Al preguntarle qué es el humor, la ilustre filóloga sonríe y contesta con voz cálida y apacible:

«Es una cualidad consistente en descubrir o mostrar lo que hay de cómico o ridículo en las cosas o en las personas, con o sin malevolencia».

Vaya, en su respuesta se me abren dos nuevos caminos, uno el del humor sin malevolencia, el otro el del humor con mala uva, inquina o resentimiento.

Pero todavía hay muchos más. Examinando las fichas que puso amablemente a mi disposición, descubro que, según se aplique de una manera u otra, el humor tiene caminos de colores diferentes. Hay humor blanco, negro, verde, gris y hasta marrón... También hay un humor soez, chabacano y otro llamado inteligente. Incluso parece que existen humores de diferentes nacionalidades: gallego, vasco, castellano, asturiano, catalán, inglés, francés... Hay un humor realista y un humor absurdo. Me ejemplifica lo del humor absurdo con un chiste que le gusta mucho a ella.

«Un individuo le pregunta a otro en la calle:
—Me dice la hora, y perdone la indiscreción.
El otro contesta:
—Son las seis, modestia aparte.»

En sus aspectos más negativos, en el camino de la malevolencia, el humor

puede ser acerado, acre, afilado, agresivo, cruel, agrio, áspero, atrabiliario, cáustico, corrosivo, crudo, despiadado, envenenado, incisivo, mordaz, mordiente, picante, punzante, ponzoñoso.

Sigo por esta senda del humor utilizado como arma arrojada, y me encuentro con una desviación casi cubierta de matorral en el que proliferan las espinas. La tomo. Es el camino del insulto, del reírse de los otros. A la vera de ese camino se encuentran Juan de Dios Luque, Antonio Pamies y Francisco José Manjón. Son los autores de un libro excepcional, *El arte del insulto*. Me cuentan que «en el seno de la familia el niño suele captar de sus mayores un amplio y enjundioso repertorio de insultos». Es cierto. Sin embargo, donde más prolifera el reírse de los otros es entre iguales.

Pude comprobarlo después de conversar con más de diez mil niños y niñas sobre el cuento en el que un muñeco de madera, Juul, se va desprendiendo de las diferentes partes de su cuerpo como consecuencia de los insultos, humilla-

ciones y vejaciones de sus compañeros de carne, hueso y mala sangre.

Mofarse de los demás, rebajar su dignidad, golpearles donde más pueda dolerles, pegarles con palabras, que es como definió un niño de nueve años el insulto, es también otra de las caras de la risa. ¿Es eso humor? He aquí otro intrincado camino que merecería la pena averiguar adónde nos conduce. Intentaré recorrerlo más tarde, porque es obligado contestar si podemos hablar de humor cuando éste se tiñe de crueldad.

Humor e ironía

Dejo estos enmarañados vericuetos y tomo la senda de la literatura infantil. Me detengo primero en el de la literatura adulta clasificada bajo el epíteto de humorística.

Al comienzo hay una gran valla publicitaria de una importante cadena multinacional de librerías en la que puede leerse: «En estos tiempos agitados de

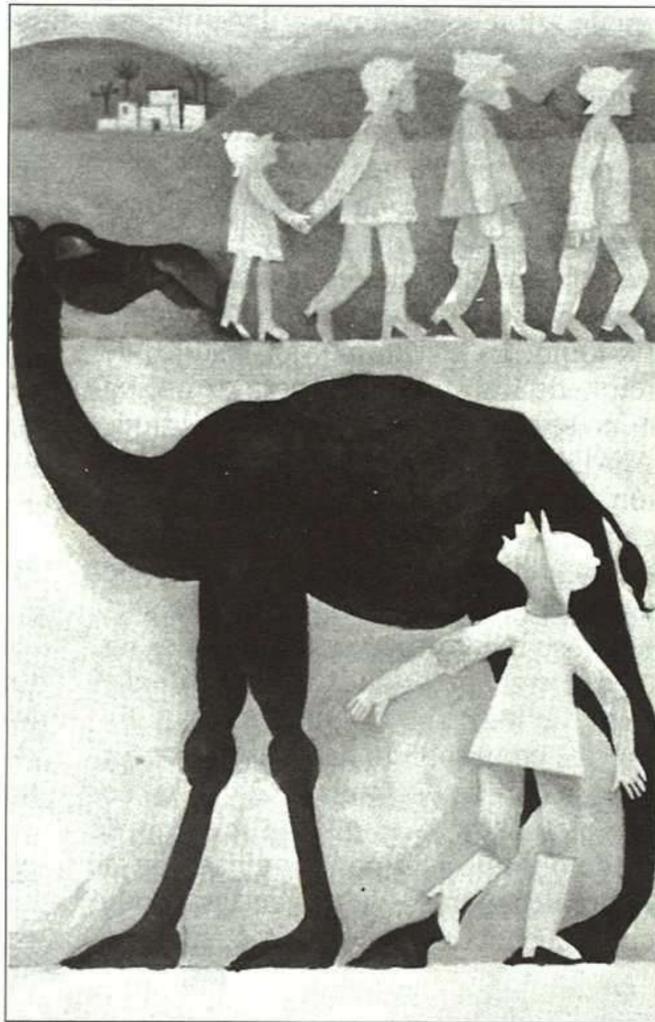


LLUIS MESTRES, ¡AY, FILOMENA, FILOMENA!, JUVENTUD, 1977.

QUENTIN BLAKE, CUENTOS EN VERSO PARA NIÑOS PERVERSOS, ALTEA 1987.



O'KIF, EL PULPO ESTÁ CRUDO, ALFAGUARA, 2000.



BETTINA ANRICH-WÖLFEL, VEINTINUEVE HISTORIAS DISPARATADAS, MINÓN, 1980.

terrorismo, guerras, globalizaciones y demás desencuentros de los hombres, no hay nada más inteligente que el humor. Es la mejor arma para desenmascarar lo absurdo de nuestra realidad, siempre con una sonrisa en los labios. Desde Aristófanes a los grandes de nuestro Siglo de Oro, pasando por John Kennedy Tool, o Sharpe, multitud de escritores han intentado divertir a sus lectores sin por ello renunciar a indagar en la condición humana».

Me detengo aquí. No me importaría pasar una larga temporada a la vera de ese camino. Casi olvido el propósito de mi investigación, pues quedo enganchado leyendo, o releendo, a David Lodge, Juan José Millás, Italo Calvino, Chesterton, Saki, Woody Allen, Alvaro Cunqueiro, Eduardo Mendoza, Roald Dahl, Gerald Durrell, John Irving, El Roto, Angela Vallvey, Antonio Orejudo y tantos y tantos otros escritores y artistas cuyos relatos, aunque en ocasiones cuenten cosas tremendas, o quizás por

eso mismo, están impregnados del refrescante zumo del humor.

Compruebo que ninguno de estos escritores son humoristas en el sentido estricto de gentes que se dedican a hacer reír. No escriben literatura de género humorístico. Sin embargo, nos hacen reír, porque rebajan, o ponen en cuestión, la seriedad de lo grave, de lo considerado respetable, de las formas rígidas, de lo severo, de lo circunspecto, de lo adusto, de lo desabrido. Ponen en solfa al poder, cualquier poder, mostrándonos sus muchos aspectos ridículos. Bajan a lo sagrado de su pedestal, quitan solemnidad a lo majestuoso, a lo imponente, a lo ceremonioso, a lo pomposo, y tratan de mostrarnos siempre que el rey va desnudo.

Me siento a leer en una pequeña y acogedora cafetería. En la mesa de al lado, ¡qué coincidencia!, el escritor norteamericano Philip Roth está entrevistando al también escritor checo que vive en Francia, Milan Kundera. Escucho y anoto:

«—Roth: La risa siempre ha sido algo cercano a usted. Sus libros provocan la risa por medio del humor o la ironía. Cuando sus personajes han de enfrentarse al dolor, es porque tropiezan con un mundo que ha perdido el sentido del humor.

—Kundera: Aprendí a valorar el humor durante la época del terror estalinista. Tenía yo 20 años. Para identificar a alguien que no fuera estalinista, al que no hubiera que tener miedo, bastaba con fijarse en su sonrisa. El sentido del humor es una señal de identificación muy fiable. Desde aquella época me aterroriza la idea de que el mundo está perdiendo su sentido del humor.»

Dejo con pesar el camino de la literatura adulta y sigo la ruta de la literatura infantil. En el trayecto me topo con una pequeña caseta de información. Allí me encuentro con *Mil libros, una selección bibliográfica*, y *Entrequinientos*, una selección de lecturas para niños y jóvenes, ambas publicadas por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

De los mil quinientos libros que aparecen en estas dos guías, ciento treinta figuran bajo el epígrafe de humor, esto representa el 8,6 % del total de libros reseñados. Parece un porcentaje pequeño, pero me sorprende al comprobar que es la materia con mayor número de títulos. En segundo lugar, aparecen los libros que figuran bajo el epígrafe de cuentos, el 5,9 % del total. Le siguen los libros que aparecen bajo el rótulo amistad, 5,2 %. En cuarto lugar están los títulos que hablan de relaciones familiares, el 4,9 % y, en quinto lugar, los que tocan el tema del amor, el 4 %.

Estos listados de libros nos abren nuevos caminos a la investigación. ¿Perceben los niños ese humor que se dice para ellos o es sólo un humor de apreciación adulta? ¿Se han llevado a cabo investigaciones fundamentadas sobre cómo reaccionan los niños ante esos relatos infantiles calificados de humorísticos? ¿Con qué resultados? ¿De qué concepto del humor han partido quienes elaboraron estas listas?

Trato de buscar respuestas a estas preguntas, pero éste no parece un campo de investigación que atraiga a los estudiosos, dado que es muy difícil encontrar algún trabajo que responda a estos interrogantes.

He ido por muchos caminos buscando el que me condujera hacia una explicación satisfactoria del humor. No la he

encontrado, y ahora estoy en una encrucijada, sin saber por dónde seguir.

De repente veo un extraño indicador con un rótulo enigmático que me había pasado inadvertido: «Hacia el humor, hacia la virtud». Lo sigo sin dudar.

Tras una larga caminata, me encuentro con un numeroso grupo de gente que está escuchando con atención a un personaje de mediana edad, bigote espeso y gafas de montura fina.

«¿Quién es?», pregunto a uno de los que están a su alrededor.

«Cómo, ¿no lo sabe? Es André Comte-Sponville, el autor, entre otros, del libro *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Ha sido uno de los libros más vendidos en Francia.» Me muestra el libro. Compruebo que tiene trescientas cincuenta y cinco páginas. Exclamo: «¡Vaya pequeño tratado con 355 páginas!». Me indica silencio con el dedo en la boca, pues va a empezar a hablar Comte-Sponville. Con voz agradable y clara empieza diciendo:

«—Podrá sorprender, pero el humor es una virtud.

—¿Una virtud? —interrumpe una chica que luego supe que era profesora de Filosofía. ¿Una virtud como la justicia, la valentía o la prudencia?

—Pues sí, aunque, en cierto sentido es una virtud extraña, ya que se burla de la moral, pero al mismo tiempo es una cualidad importan-

te y valiosa, ya que no es educado darse aires. Es ridículo tomarse en serio. Carecer de humor es carecer de humildad, es carecer de lucidez, es carecer de ligereza, es estar demasiado engreído, demasiado engañado con respecto a uno mismo, es ser demasiado severo o demasiado agresivo, es carecer, casi siempre, de generosidad de dulzura, de misericordia... Demasiada seriedad, incluso en la virtud, es algo sospechoso o inquietante: por debajo debe de haber algún espejismo o algún fanatismo».

Después de la intervención de la chica las preguntas y las intervenciones se sucedieron sin interrupción. Las transcribo tal y como las recogí:

«—Deduzco por lo que dice que no tenemos que tomarnos nada en serio, comenta un hombre al que la barba blanca le da un aspecto de patriarca.

—Ni mucho menos. El humor no impide que seamos serios en lo que se refiere al otro, a nuestras obligaciones para con él, a nuestros compromisos, a nuestras responsabilidades, ni a lo que se refiere a la dirección de nuestra propia existencia. Pero impide que nos dejemos engañar respecto a nosotros mismos o que estemos demasiado satisfechos.»

Al final de su charla, y ya a solas con él, aproveché para preguntarle si reírse de los otros podía considerarse humor.

«—Mire, hay risas y risas, y aquí es necesario distinguir entre el humor y la ironía. La ironía no es una virtud, es un arma dirigida, casi siempre, contra el otro. Es la risa malvada, sarcástica y destructora, es la risa de la burla, la risa que hiere, la que puede matar, es la risa del odio, es la risa del combate. ¿Es útil? ¡por su-

puesto que lo es cuando hace falta! ¿Qué arma no lo es? Pero ningún arma es la paz, ni ninguna ironía es humor.

—Perdone, pero la ironía siempre se ha considerado una parte del humor.

—El lenguaje puede engañar. Nuestros humoristas, como se les llama, o como ellos mismos se llaman, por lo general sólo son ironistas o satíricos, y no hay duda de que son necesarios.

—¿Cuál es para usted la diferencia entre humor e ironía?

—El humor se ríe de sí mismo, o se ríe del otro como de sí mismo. La ironía desprecia, acusa, condena... Se toma demasiado en serio. La ironía es esa seriedad a los ojos de la cual todo es ridículo. La ironía hiere; el humor cura. La ironía puede matar, el humor ayuda a vivir. La ironía quiere dominar; el humor libera. La ironía es despiadada; el humor es misericordioso. La ironía es humillante, el humor es humilde.

—No deja usted muy bien parada a la pobre ironía.

—Perdone, pero la ironía de pobre tiene muy poco. La ironía, insisto en lo que ya le dije, sólo sabe odiar criticar, despreciar, condenar. La ironía siempre rebaja, nunca es sublime, como puede llegar a serlo el humor, y nunca es generosa. Un pensador francés, Bobien, escribió que «La ironía es una manifestación de la avaricia, una crispación de la inteligencia, que aprieta los dientes antes de decir una sola palabra de alabanza».

—Sin embargo a veces es muy difícil diferenciar la ironía del humor.

—Sí, es cierto. Cuando Groucho Marx declara: «He pasado una velada maravillosa, pero no era ésta». Si se lo dice a la dueña de la casa después de una velada aburrida, será más bien ironía, pero si se lo dice al público al final de uno de sus espectáculos, será más bien humor.

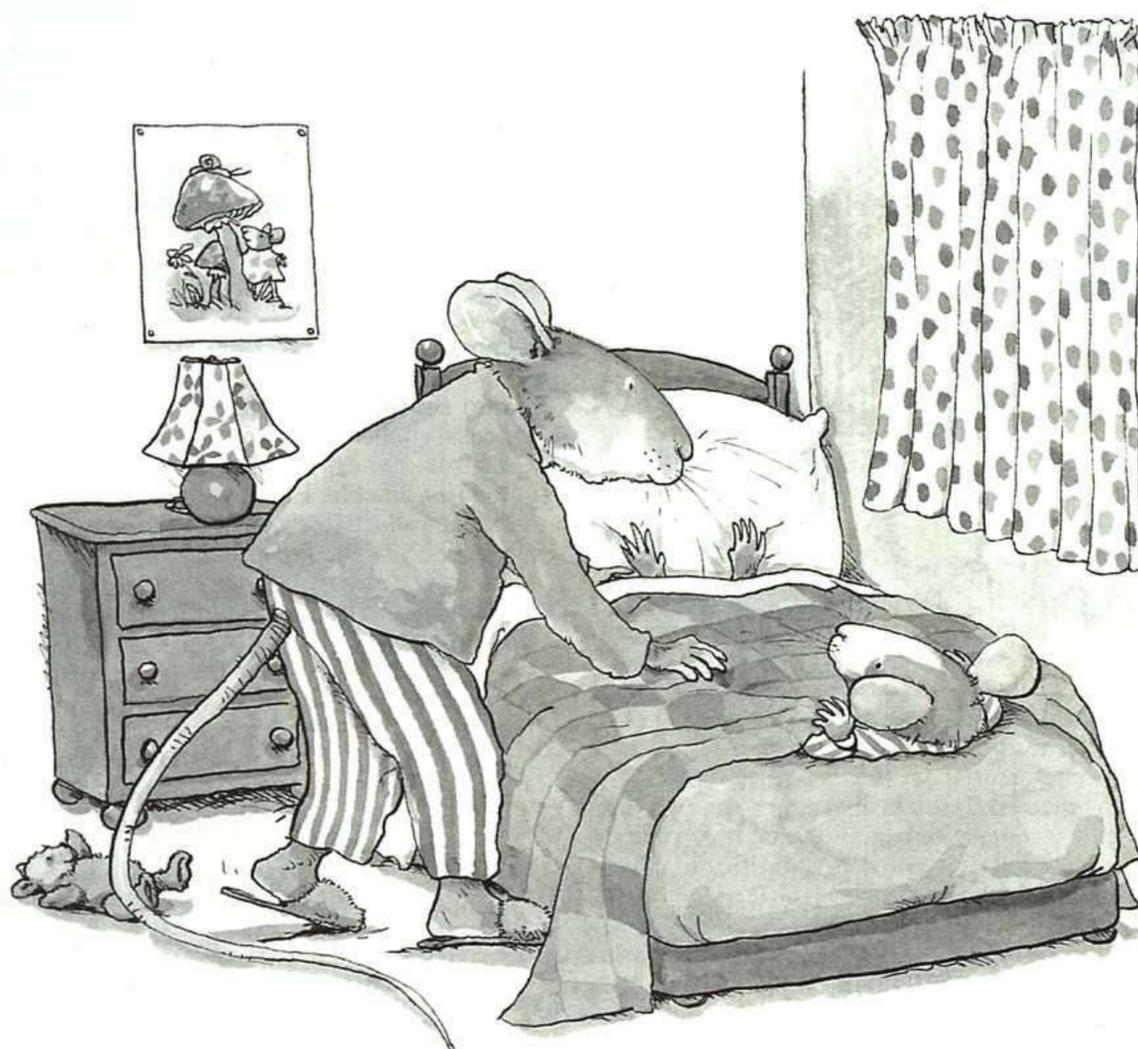
—Es frecuente que, cuando una persona te hace una broma negativa y se lo haces notar,



HANSI LINTHALER, LO QUE NADIE PUEDE SABER, LA GALERA, 1990.



HANSI LINTHALER, LO QUE NADIE PUEDE SABER, LA GALERA, 1990.



ANITA JERAM, INÉS DEL REVÉS, KÓKINOS, 1996.

te contesta que no tienes sentido del humor, que su mala bilis era sólo una broma. ¿Es eso humor, o carencia de humor del que recibe las puyas?

—Le devuelvo la pregunta, ¿qué piensa usted al respecto?

—Que esas bromas negativas, por otra parte tan frecuentes, y me atrevo a decir que tan ligadas al machismo, hacen daño, y, según lo que usted ha dicho pertenecen a la ironía, al sarcasmo, no son sentido del humor. Pero permítame que sea yo el que siga preguntando. En los tiempos que corren tenemos más motivos para llorar que para reír, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo, pero ¿cuál es la actitud más conveniente? ¿Llorar? ¿Sería tomarse demasiado en serio! Más vale reír. De acuerdo con Montaigne, “No pienso en absoluto que en nosotros haya tanta tristeza como vanidad, ni tanta malicia como estupidez”.

—Parece usted oponer constantemente humor a seriedad.

—Lo opongo a la seriedad, pero también a la frivolidad, pues el humor es un término inestable, equívoco, o contradictorio, que desvela lo que toda seriedad tiene de frívolo y lo que toda frivolidad tiene de serio. El hombre con humor, diría Aristóteles, ríe como se debe (ni demasiado ni demasiado poco), cuando se debe y de lo que se debe... Pero el humor decide sobre todo eso, porque puede reírse de todo, incluso de Aristóteles, del término medio y del humor.

También da la sensación, por lo que dice, de que el humor destroza el sentido.

—El humor, esto es importante, no suprime el sentido, sino que lo relativiza, lo aligera, lo ve desde la distancia, lo debilita felizmente, para finalmente liberarnos de él sin anularlo.

—Según usted, el humor desacraliza lo sagrado, cuestiona el sentido, lo pone todo en tela de juicio, desmitifica nuestras creencias, etcétera, etcétera, ¿esto no supone una desilusión?

—Sí, es cierto, el humor es una desilusión, pero es una desilusión alegre.»

El humor es una desilusión alegre. Es la más sorprendente definición que he oído hasta el momento del humor. Es sin duda, una inmejorable conclusión para esta investigación que siempre estará inacabada.

Diez libros de humor que son once

En una charla sobre risa, infancia y literatura infantil, un grupo de maestros me pidió un listado de diez libros infantiles de humor. ¡Qué manía con el diez!,

¡rediez! Parece que este número lo sacralizara todo. Pero consolémonos, al menos los huevos siguen pidiéndose por docenas.

La verdad es que no resulta nada fácil limitarse a diez títulos. Sin embargo, lo intentaré con rigurosa disciplina.

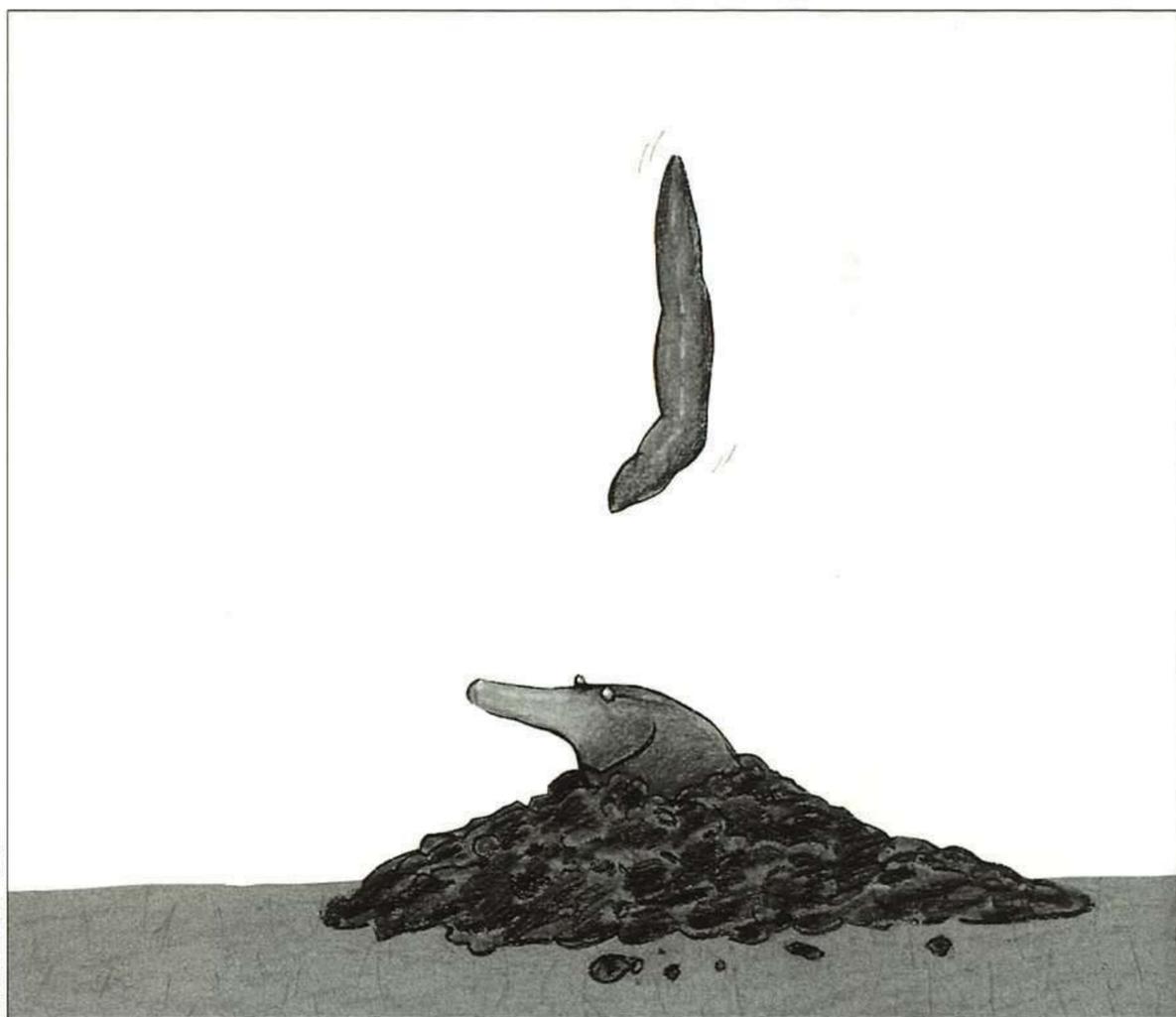
Aunque ahora sólo sea lectura de adultos nostálgicos, pongo en primer lugar de este *hit parade* particular los libros en los que se atesoran las aventuras del inolvidable Guillermo Brown (1), que sigue publicando la editorial Molino exactamente igual que cuando yo los disfrutaba de niño. No sé si en aquellas apasionadas y apasionantes lecturas de mis 10 años captaba el sentido del humor de la genial Richmal Crompton, sólo sé que viví a Guillermo como si fuera «yo mismo pero plenamente realizado», según feliz expresión que recoge Fernando Savater en su conocida obra *La infancia recuperada*.

El listado que sigue es *guillermista*, en el sentido de que los libros aquí reseñados me vinieron a la memoria guiados más por el disfrute que me produjeron, que por sus valores literarios, aunque ambas cuestiones coincidan la mayoría de las veces.

Empiezo, o sigo, con Pippi Calzaslargas (2), otro gran clásico, editado por Juventud y el Círculo de Lectores, que relata las transgresoras aventuras de una niña extraordinaria a la que un gran porcentaje de adultos consideran un mal ejemplo, precisamente porque ella ridiculiza todo lo que es autoritario, engolado, pedante y rígido del mundo de los mayores. La imagen que hemos fijado de Pippi no se la debemos a las ñoñas ilustraciones de sus libros, sino a la estupenda serie de televisión, que merece la pena ver y comparar con lo que ahora ¿se programa? para la infancia.

Hay un álbum que ha pasado casi inadvertido y que debería figurar en el listado de los mejores libros de humor, se titula *La familia trola* (3), de Chris Riddel, que apareció en Anaya. Es un homenaje a los cuentos, al cine y la invención, invención que no es mentira, «También la verdad se inventa», decía Antonio Machado.

¿Qué decir de la mayoría de los libros de Roald Dahl, bañados casi siempre en un corrosivo sentido del humor, aunque



a veces sea ironía pura y dura? De este autor sólo voy a dar uno de sus títulos más políticamente incorrectos, *Cuentos en verso para niños perversos* (4), editado por Altea. Recitando su versión de Caperucita (hay que destacar la magnífica traducción), he visto siempre a adultos mover la cabeza con desaprobación, sobre todo cuando Caperucita «saca un revolver del corsé», mientras el público infantil se desternillaba de risa.

Un autor que transforma cuanto toca en humor, y al que podríamos considerar uno de los más destacados humoristas actuales de literatura infantil, es el argentino Luis Pescetti. Leamos para comprobarlo *El pulpo está crudo* y *Natacha* (5), publicados en Alfaguara. Pescetti da diez vueltas de tuerca a las situaciones cotidianas, mostrando sus aspectos más absurdos, más ridículos y, por tanto, más desternillantes.

Inolvidable aquel *¡Ay, Filomena, Filomena!* (6), de Miquel Obiols, publicado en 1977, que todavía está en el catálogo de la editorial Juventud. A los niños de ahora mismo, aunque haya quien no se

lo crea, les sigue entusiasmando jugar con el lenguaje. Por eso les encanta *estirar la cabeza de los camellos*. (En el lenguaje de Filomena, *estirar* quería decir «cambiar»; *cabeza* quería decir «nombre», y *camello* quería decir «número»).

Otro de mis libros de humor preferidos es *Lo que nadie puede saber* (7), conjunto de relatos de Martín Auer, publicado por La Galera en 1986. Valdría la pena aunque sólo fuera por dos de sus cuentos, «El bosque Gruntoso» y «El hombre más famoso del mundo», este último un relato de plena actualidad. Inmejorable metáfora de esa obsesión por la fama que nos invade.

Humor condensado en píldoras de las buenas son las *Veintiocho historias de risa* y las *Veintinueve historias disparatadas* (8), de Ursula Wölfel, que publico la desaparecida editorial Miñón en 1980, y que habría que recuperar.

Un libro con el que nos reímos pequeños y mayores es el delicioso *Inés del revés* (9), publicado por Kókinos. Comprobamos en su breve texto y sus magníficas ilustraciones que el humor

tiene mucho que ver con la ternura y la comprensión.

Otra delicia para todos es *Sofía, la vaca que amaba la música* (9), editado por Corimbo, en el que la ilustración y el texto forman un todo humorístico inseparable para afrontar una cuestión tan seria como la de ser diferente.

Las constantes, inquietantes, y a veces agotadoras preguntas de los niños, han motivado a Lindsay Camp y Tony Ross a escribir *¿Por qué?* (10), publicado por Destino, otro álbum que no puede faltar en un listado de libros de humor. ¿Por qué? Porque sí, lectores, porque sí.

Y dejo para el final *El topo que quería saber quién se había hecho aquello en su cabeza* (11), publicado primero en álbum por Altea, después recuperado por Kalandraka y editado en castellano, catalán, gallego y euskera, y ahora jibarizado en edición de bolsillo por Alfaguara. Éste es quizás el único libro que trata de *eso* sin necesidad de llamarlo por su nombre. Y lo hace con desenfado, delicadeza, excelente humor y unas espléndidas ilustraciones. Un libro, os lo aseguro, para recordar siempre.

Y hasta aquí estos diez libros, que podrían ser cincuenta, pero que en realidad son once, aunque si se cuenta bien son una docena de trece, siendo exactos. ■

*Paco Abril es escritor, cuentacuentos, creador y director del suplemento infantil *La Oreja Verde*, así como director de Programas de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.

Bibliografía

Ak'abal, Humberto, *Cielo amarillo*, Málaga: Diputación de Málaga, 2000.

Comte-Sponville, André, *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Madrid: Espasa Calpe, 1996.

Leach, Penelope, *La infancia*, Barcelona: Plaza y Janés, 1992.

Pisos, Cecilia, *Poemas con sol y son*, Coedición Latinoamericana, 2001.

Roth, Philip, *El oficio: un escritor, sus colegas y sus obras*, Barcelona: Seix Barral, 2003.